

LA TUMBA 75 DE LAS RUEDAS, PRIMER TESTIMONIO ARQUEOLÓGICO DE LA ELITE ECUESTRE VACCEA

Durante el verano de 2002 los nuevos trabajos abordados en el cementerio de Las Ruedas, ceñidos al borde occidental de la zanja II excavada entre 1985 y 1987, rindieron una docena de novedosos conjuntos tumbales de irregular conservación, que vienen a sumarse a los casi setenta exhumados en campañas previas.

El diferente grado de conservación de las referidas tumbas, seis de las cuales, es decir, la mitad de la muestra, aparecían intensamente alteradas, constituye expresión dramática de la acción del arado sobre aquellos conjuntos que se encuentran depositados a cotas más próximas a la superficie. En efecto, de manera acorde a como ya había podido documentarse en los trabajos preliminares, los conjuntos intactos se sitúan en la zona más septentrional del cementerio y por tanto de un momento más avanzado, merced a cierta tendencia, producida andando el tiempo, a depositar a mayor profundidad los conjuntos funerarios y que alcanzaría su exponente extremo en sepulturas como la 54, a dos metros y medio bajo el suelo, y cuyo depósito aparecía ya en nivel freático.

Así pues, de los conjuntos mejor conservados nos proponemos ahora dar cuenta del consignado con el número 75, por considerar que aporta datos, como ningún otro exhumado hasta ahora, sobre la presencia de un guerrero de condición ecuestre.

Hace unos años, al abordar el estudio inicial de este cementerio, uno de nosotros se preguntaba por la escasísima representación de arreos de caballo en las tumbas de Las Ruedas. Algunos pinjantes y agarradores en posición secundaria, procedentes de tumbas alteradas, o su mínima presencia en tumbas más o menos intactas documentada precisamente a través de elementos muy parciales, básicamente también pinjantes (tumba 38) o una simple cama curva (tumba 56), constituían todas las evidencias al respecto. La explicación dada entonces pasaba por tres posibilidades interpretativas diferentes: la ausencia de caballeros vacceos, lo cual vendría a contradecir lo referido por las fuentes, la falta de representación de tales elementos como consecuencia de que no hubieran pasado a constituir parte

del discurso simbólico en el ámbito funerario, o, finalmente, el marcado carácter carencial aún de la información arqueológica.

Sin que la situación haya cambiado sustancialmente, es evidente que la tumba 75 que damos a conocer al menos viene a paliar en parte esta situación, por lo que parece oportuna ahora su presentación y discusión.

Contamos de partida con cierta posición ventajosa a la hora de encajar cronológicamente el conjunto dentro de la secuencia del yacimiento, ya que el hallazgo de la referida tumba se produce inmediatamente al lado del sector AG de la zanja II, es decir, asimilable a la fase III que, en este tramo concreto, se beneficiaría *sensu lato* de una data en torno al siglo II a. C.

El depósito se hallaba dentro de un *loculus*, simple hoyo abierto en la tierra, de 110 cm de diámetro por un metro de profundidad, sellado con tres lajas calizas de mediano tamaño que no cubrían la totalidad de los elementos, rebotando éstos por sus bordes externos, en mayor medida por el septentrional. Una gran estela de piedra caliza caída, al pie mismo de la boca del hoyo pudo constituir muy probablemente el hito señalizador externo del depósito. Ajuares y ofrendas

1. Vista general de la tumba.

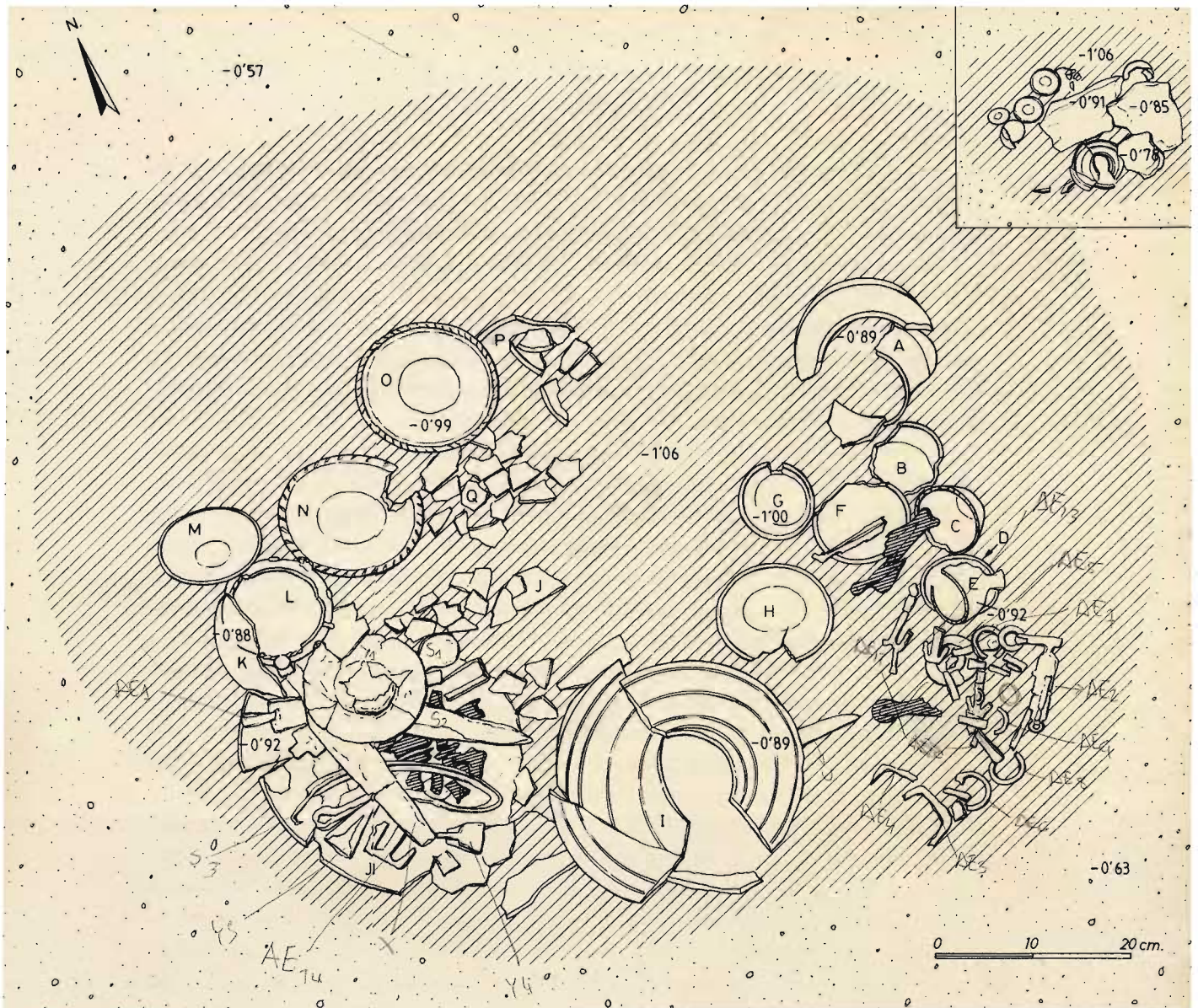


se situaban contra el perfil meridional del hoyo, manifestando una clara ordenación en la que una gran copa torneada y pintada venía a representar, en la parte central, el eje de simetría, distribuyéndose a un lado y otro ocho y nueve recipientes cerámicos, así como también diferentes elementos metálicos y óseos. Llama poderosamente la atención que el espacio central que proyecta hacia el noreste dicha copa, sellado además por la mayor de las lajas, no haya deparado ninguna clase de evidencia, lo que podría hacer pensar en la existencia en ese preciso lugar de algún tipo de ofrenda que, por su carácter orgánico, hubiera desaparecido totalmente.

Dentro del grupo occidental del depósito, junto a la gran copa (I), aparecía un cuenco hecho a mano liso (J) de considerables dimensiones que cumplía las funciones de urna cineraria, recogiendo en su interior 330 gramos de restos óseos cremados, correspondientes a un individuo adulto de sexo masculino según delatan el desarrollo de las áreas de inserción muscular de los principales huesos largos, el grosor considerable de los fragmentos de cráneo, o, en general la robustez de todos los componentes esqueléticos. Otros ocho recipientes, todos ellos de elaboración manual, se extendían hacia el norte; se trata de cuatro vasos trípodes (L, N, O y R), tres catinos troncocónicos (M, P y Q) y uno más, igualmente troncocónico (K), que por su situación invertida, cubriendo parcialmente el trípode L, y por la presencia de cuatro orificios perfectamente circulares en su base, podría haber cumplido funciones de tapadera.

Como suele ser habitual, estrechamente vinculados a los restos mortales del difunto, dentro y sobre la urna por tanto, comparecían una parte de los que podemos considerar ajuares personales, que también habrían pasado por la pira funeraria en comunión con el cadáver del guerrero. Se trata de la *caetra* y puñal Monte Bernorio, su correspondiente tahalí, dos puntas de lanza y ciertos elementos de los arreos del caballo (su frontalería y unos agarradores circulares y ancoriformes). Sorprende, en cualquier caso, que algunas de estas piezas metálicas quedaran en otro conjunto netamente diferenciado al otro lado de la copa: el resto del atalaje del caballo, incluyendo camas curvas, hociguera y anillas de sección circular o plana y agarradores a ellas asociados, así como un cuchillo con restos de madera en su zona proximal y otro empuñadura ósea, éstos pegados al pie de la gran copa. En esta zona oriental del depósito se dispusieron además otros ocho recipientes cerámicos, siete de ellos realizados a mano y uno a torno; entre los primeros tres vasos trípodes (B, E y G), otros tres catinos troncocónicos (C, D y H) y un vaso de suave perfil en ese decorado con peine inciso-impreso (F), a los que se añadía, en el extremo norte, la copita torneada y pintada (A).

Las ofrendas faunísticas se vinculan fundamentalmente a este sector del depósito: el vaso trípode más elaborado (L) albergó varias costillas de ovicáprido



2. Planimetría de la tumba.

joven en las que pueden observarse perfectamente los cortes del despiece; otro trípode (N) proporcionó los restos óseos de un ala de gallinácea; una escápula de ovicáprido adulto comparecía sobre los recipientes F y C; y, para terminar, en el espacio ocupado por la gran copa (I) se recuperaron un húmero y un radio de lepórido.

De la descripción de la distribución del conjunto funerario cabe concluir un patrón de depósito ordenado, en el que parece haberse buscado cierto equilibrio

de las dos zonas que articula, como eje de simetría, la gran copa I. A ello contribuye, no solamente una proporción de elementos muy similar, sino incluso un reparto compensado de las morfologías cerámicas (cuatro y tres trípodes, tres y tres catinos troncocónicos) y, lo que resulta más sorprendente, la separación de los ajuares metálicos, si bien manteniendo el estrecho vínculo con el difunto de la que podemos considerar pertenencia más preciada: la panoplia. Qué duda cabe, finalmente, por posición y tamaño, que a la gran copa torneada y pintada se le otorgó un especial relieve dentro del conjunto de la práctica sepulcral desarrollada en las exequias de este guerrero de condición ecuestre.

CONSIDERACIONES TIPOLOGICAS

El conjunto cerámico. Como acabamos de referir, el lote cerámico del enterramiento cuenta con dieciocho ejemplares, mayoritariamente realizados a mano pues de ellos tan sólo las dos copas se corresponden con las características producciones torneadas y pintadas de pastas anaranjadas. Una constitución que nada tiene que ver con la cronología avanzada del conjunto, en la que estas producciones a torno –iniciadas de forma autóctona desde un momento temprano del siglo IV a. C., cuando menos– habrían alcanzado en este momento ya un desarrollo pleno, y que, por tanto, tiñe de cierto atavismo al depósito.

Los recipientes elaborados a mano presentan una conservación precaria, probablemente resultante de un proceso de cocción escaso que no llegó a transformar el barro en cerámica propiamente dicha, circunstancia tal vez determinada por su orientación funeraria. En términos generales los acabados son de simple alisado, en tonos oscuros, y con la inclusión –en una primera valoración visual– de desgrasantes silíceos o calcáreos, a los que habría que añadir la incorporación de otros micáceos, menos habituales en las producciones de Las Ruedas, que se observan con claridad en la posible tapadera K. El vasito F de perfil en ese es el único, como corresponde a su decoración con peine, que fue objeto de un acabado superficial bruñido. A excepción de cuatro catinos y la urna cineraria sin ornamento alguno, el resto presenta decoraciones: bien sumarias, ceñidas al borde y a las patas (en la mayoría de los trípodes y en el resro de los catinos), bien más elaboradas, caso del vaso F y el trípode L; las técnicas fueron variadas, incluyendo incisiones, impresiones, excisión y plástica aplicada.

Si nos referimos a las formas, destacan por su repetición los *trípodes*: siete de ellos que, sin embargo, atendiendo a su morfología permiten distinguir cuatro grupos diferentes. Los señalados como N, O y R, de cuerpo troncocónico y labio engrosado y ligeramente vuelto al exterior, podrían incorporarse a la forma II de

la cerámica a mano de Las Ruedas constituyendo una nueva variante, la 5. Los tres muestran una decoración pectiniforme que afecta al labio y a las patas. Para los motivos impresos que concurren en la pared interior de R antes que pensar en un mero aspecto decorativo cabría hacerlo en otro funcional; se trata de cuatro columnas de motivos triangulares que, en Las Ruedas como en otros yacimientos contemporáneos del área navarra, han sido interpretados como zonas activas de ralladores. El catino trípode E muestra gran proximidad formal con el grupo anterior, pero por su tamaño menor –7 cm de diámetro, la mitad de los previos– y su decoración impresa ceñida exclusivamente al labio, cabría asimilarle mejor a la forma II4 de Las Ruedas. Por su parte, otros dos vasos trípodes de perfil en ese y amplias decoraciones incisas en la panza (B y G) se incluyen de manera ajustada en las forma VI5 de Las Ruedas. Para terminar restaría el trípode, sin duda, más elaborado y barroco en su decoración de todos, el designado como L, asimilable formalmente a la tipología VII4 de Las Ruedas. Su decoración, combinando técnicas de aplicación plástica, impresiones y excisión, se articula de acuerdo a un diseño bien definido y pautado: tres asas verticales –construidas con cuatro churros de barro unidos lateralmente entre sí y rematados con una pastilla en la parte superior– de distribución equidistante, dispuestas entre el borde y la panza, en la vertical misma de cada una de las patas; gallones plásticos verticales con impresiones alternando con pastillas crean un rítmico desarrollo en todo el perímetro de la panza; las patas, finalmente, muestran sendas excisiones diédricas longitudinales.

El vaso trípode, en todas sus variantes, es un recipiente al que tradicionalmente se le ha conferido un valor especial. Su apoyo característico traduce, como en la copa de pie esbelto, una ligereza consustancial que le hace acreedor de unas claras funciones litúrgicas, como contenedor idóneo para ofrendas o libaciones. La comparecencia dentro del trípode N de un ala de gallinácea, o dentro de L de restos de ovicáprido juvenil encuentra refrendo, en especial para este último caso, en otro trípode de la tumba 50 que incluía igualmente un ovicáprido de seis meses. En ocasiones, tales trípodes pasan a formar recipientes complejos, de tipo geminado –característicos de necrópolis como la de Palenzuela, aquí dotados de tapaderas que sistemáticamente se niegan en Padilla–, o agrupados de a tres o incluso de a cuatro, en este último caso formando dos niveles. En el ejemplar M de la tumba 38 –tres trípodes dispuestos tangencialmente y unidos entre sí por pellas de barro– pudo determinarse, según hemos visto en otro artículo de esta obra, la presencia de cerveza, lo que, dado el carácter miniaturizado de este recipiente múltiple, ilustra bien a las claras sobre las funciones simbólicas desempeñadas por el mismo en acciones de libación. Finalmente, no debe olvidarse que en algunos conjuntos como el de la tumba 66 de Las Ruedas, el aprecio por este tipo de

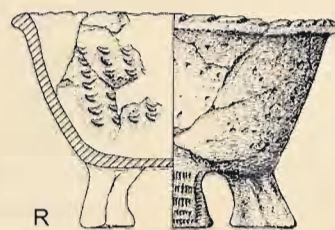
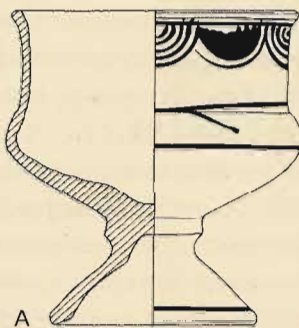
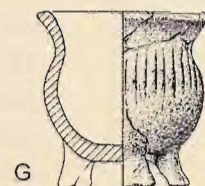
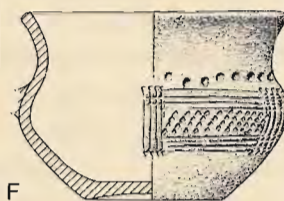
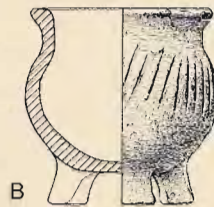
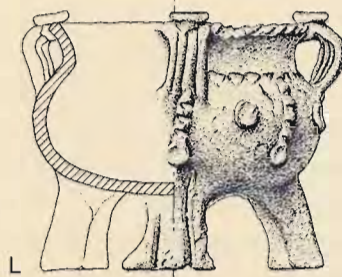
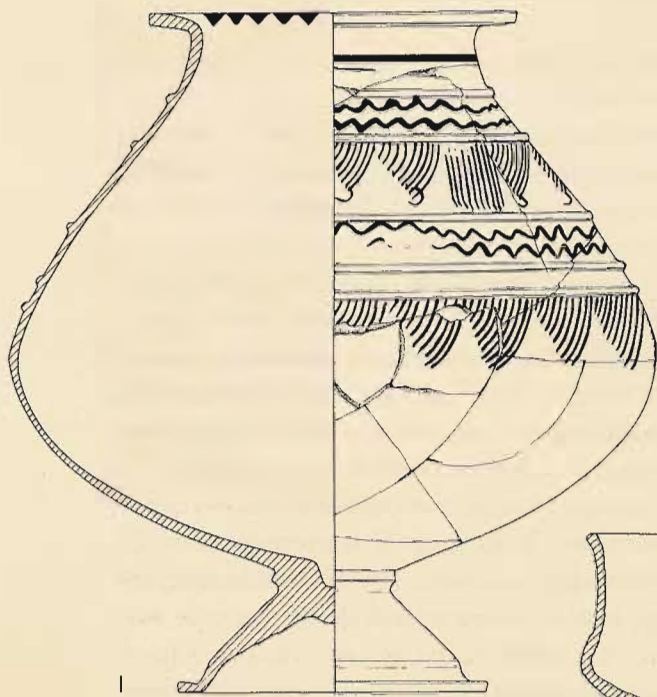
recipientes llevó a su elección como urna cineraria donde guardar los restos cremados de un individuo de carácter guerrero.

No entraremos en disquisiciones cronológicas, por cuanto si bien determinadas variantes poseen algún valor más preciso, este tipo de recipiente resulta longevo en la secuencia del yacimiento pintiano, atestiguándose desde sus comienzos hasta el final.

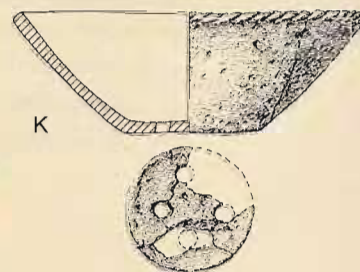
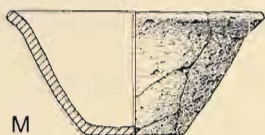
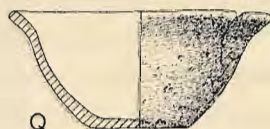
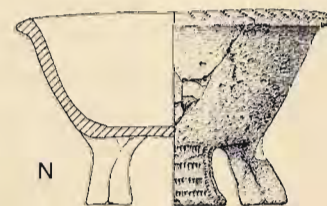
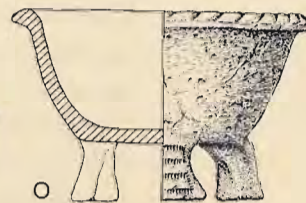
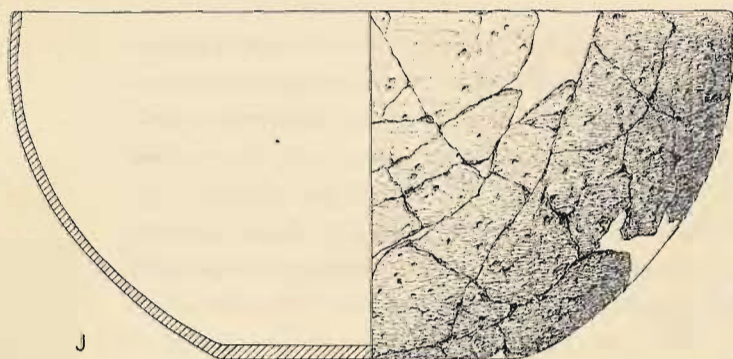
Iguales consideraciones caben en cuanto a la cronología de otro grupo formal con notable representación: los *catinos troncocónicos*. Los designados con las letras H, M, P y Q, sin decoración y con diámetros en la boca de en torno a 10-12 cm, encajan dentro del modelo III de Las Ruedas, mientras que C y D, de tan sólo 8 cm de diámetro y con característica decoración impresa sobre el labio y pectiniforme en la zona de contacto de la pared con la base, ilustran la variante II2. Esta última se revela como de cierto valor secuencial, por cuanto los nueve ejemplares recuperados en tumbas intactas dentro de la zanja II se corresponden, en todos los casos, con momentos avanzados del desarrollo del cementerio asimilables a la fase III, o lo que es lo mismo, siglo III e inicios del II a. C., siendo desconocidos durante las fases I y II.

En cuanto a los posibles contenidos de este tipo de recipientes, la analítica de residuos practicada en otros conjuntos ha proporcionado restos de grasa animal de mamífero terrestre. Su representación, habitualmente repetida en las tumbas suele ser frecuente. De igual manera que algunos vasos trípodes, estos catinos en ocasiones conforman vasos compuestos, incluso dotados de patas trípodes.

La cerámica a peine, forma XI2 de Las Ruedas, merece algún comentario más extenso, por cuanto esta técnica de decoración ha sido objeto de una atención preferente en los estudios de la segunda Edad del Hierro meseteña. Sin entrar en las largas disquisiciones a las que dio lugar en el pasado, hoy sabemos que este tipo de producciones cerámicas surgió en el seno del mundo soteño pleno, caracterizándose en ese momento inicial por una técnica exclusivamente incisa, en ocasiones trasladada incluso a las paredes internas de los recipientes como ilustra la conocida escudilla de Matapozuelos exhibida en el Museo Provincial de Valladolid, o como, de manera más abundante y contextualizada se ofrecen en las estratigrafías de yacimientos como La Mota, de Medina del Campo (Valladolid) y Cuéllar (Segovia). Su éxito, con todo, se producirá dentro ya de la segunda Edad del Hierro, acompañándose de un proceso de barroquización al incorporar junto al peine inciso también el impreso, pero además acanalados, estampaciones, impresiones o elementos plásticos como gallones, tetones o pastillas, e incluso incrustación de grapas hemisféricas bronceas. El descubrimiento inicial de tales recipientes en los grandes castros abulenses, y en particular en los cementerios de



0 5cm.



La Osera (Chamartín de la Sierra) y Las Cogotas (Cardeñosa) merced a los extensos y pioneros trabajos de J. Cabré, llevaron en gran medida a identificar a éstos como fósiles directores del territorio vetton. En tal sentido, los aparecidos tiempo después en el área vaccea se consideraron deudores de aquella tradición, pero un análisis de detalle, fundamentalmente a través de conjuntos como el padillense con más de dos centenares de ejemplares de esta naturaleza –téngase en cuenta que en la zona VI de La Osera se contabilizan 57 y en Las Cogotas 93 ejemplares–, ha permitido comprender que sobre la base de un peine simple asimilable a la primera Edad del Hierro, vettones y vacceos desarrollaron talleres propios de producción que, compartiendo lo que podríamos denominar una moda pectiniforme de decoración, llegaron a resultados perfectamente diferenciables. Tales divergencias, a fuerza de simplificar, podrían establecerse en dos aspectos básicos: las morfologías en que concurren estas decoraciones –vasos de perfil en ese para el territorio vetton, frente a cuenquiformes en el vacceo– y los propios estilos de que hacen gala –inciso frente a impreso, respectivamente.

Un último aspecto a valorar es la evolución de estas producciones vacceas, que en momentos tardíos, siglo III avanzado y II a. C., muestran un nuevo proceso de simplificación –se pierden estampaciones, acanaladuras, elementos plásticos, etc.–, pero manteniendo el estilo impreso característico de estas tierras del Duero Medio.

Así pues, el vaso padillense de la tumba ahora analizada, por más que muestre aún mixtura de técnicas decorativas incorporando al peine también impresiones de cazolitas, encajaría dentro de esas producciones propias de su etapa final, como ilustra el único friso de serie de impresiones oblicuas –de peine impreso de cuatro púas– delimitado por sendas bandas de peine inciso, con el original añadido de cinco bandas verticales, realizadas con el mismo peine, distribuidas a lo largo de su panza.

El gran *cuenco liso* hecho a mano (con 30 cm de diámetro y 14 cm de altura), forma IV3 de Las Ruedas, permite pocas consideraciones tipocronológicas al tratarse de un recipiente vascular básico y, casi podríamos decir, atemporal. Quizás su mayor interés resida en su comparecencia aquí cumpliendo funciones de urna cineraria. Un comportamiento que, para estos momentos avanzados del cemen-

terio, resulta un tanto sorprendente, habida cuenta la gran estandarización que se produce en este aspecto en particular, al conferir un neto protagonismo para esta función a las ollas torneadas toscas. No obstante, la singularidad de este hecho no es óbice para que dentro del mismo cementerio pintiano encontremos reflejos directos de tal proceder. En la tumba 15, datable en la primera mitad del siglo IV a. C., correspondiente a un guerrero –tal vez incluso de condición ecuestre por la inclusión de un probable pinjante de arreo de caballo–, los restos óseos se recogían igualmente en un cuenco liso. En las tumbas 28 y 32, vinculables a auténticos jefes vacceos por la inclusión de símbolos claros de autoridad entre sus ajuares (puñales damasquinados, espada tipo Miraveche, etc.) y ofrendas, vuelve a darse el referido vínculo, en estos casos y de manera exclusiva, con cuencos de decoración pectiniforme.

En suma, de los cuatro casos de empleo del cuenco como urna cineraria que hasta ahora hemos podido documentar en la necrópolis de Las Ruedas se deriva un vínculo con ajuares de guerrero de condición sobresaliente.

Finalmente, nos quedaría por reseñar la presencia de dos *copas*, únicas producciones torneadas dentro del elenco cerámico del conjunto. Formalmente la de menor tamaño, tipo VII6 de Las Ruedas, decorada con series de semicírculos concéntricos y líneas simples horizontales pintadas, constituye un modelo bien representado en la necrópolis pintiana, dentro de conjuntos localizados entre los sectores Y a AE de la zanja II, con lo que este nuevo ejemplar se acomoda bien a su distribución espacial, ampliando ligeramente hacia el norte su marco de aparición. Su tamaño pequeño (12 cm de diámetro medio en la boca), escasa altura y fuste atrofiado con un solo nudo, otorgan a estos ejemplares una gran singularidad dentro de las producciones meseteñas, permitiendo ser identificados como típicos de un quehacer propio del Duero Medio.

El copón constituye una nueva forma –tipo VII7 de Las Ruedas–, hasta ahora desconocida en el cementerio vallisoletano. Posee un pie igualmente bajo, con fuste atrofiado de un solo nudo que da paso a un cuerpo muy abombado en su mitad inferior el cual se va estrechando progresivamente hasta resolverse en una boca estrangulada de borde vuelto en horizontal. La decoración queda ceñida al cono superior del recipiente, organizada en diferentes frisos de motivos geométricos pintados enmarcados por baquetones en relieve. De arriba hacia abajo son los siguientes: series de cinco triángulos rellenos sobre el labio, banda recta, dos líneas onduladas, segmentos de círculo con «coma» en el más externo, dos líneas onduladas y nuevamente segmentos de círculo, ahora sin «comas».

El perfil de nuestro ejemplar encuentra paralelos estrechos en el castro abulense de Las Cogotas, concretamente con ciertas producciones de perfiles y tamaños en

consonancia con el padillense, en las que, sin embargo, se combina la decoración pintada con otra estampillada. J. Cabré planteó en su momento desconocer precedente alguno de estas morfologías en toda la Península Ibérica, lo que vendría a confirmar que nos hallamos ante un modelo de gran originalidad probablemente creado de forma específica por las poblaciones del interior peninsular para desarrollar los vínculos sociales en torno al consumo del vino, habida cuenta la dificultad de que llegaran aquí, junto con el producto, los elaborados recipientes griegos adecuados para su servicio. Remitimos, en cualquier caso, al artículo que inicia el capítulo del mundo simbólico de la muerte en *Pintia*, con relación a la discusión de los aspectos vinculados a las copas.

Elementos metálicos. El conjunto de metales recuperado en la tumba 75 es cuantioso a la par que su estado de conservación resultó ser tremendamente precario, lo que explica que no haya podido incorporarse a la presente exposición. La totalidad de la muestra es de hierro, lo que unido a la intensísima alteración por oxidación, determinó la necesidad de una excavación lenta y detallada, de varios



5. Copas de la tumba, posiblemente para el consumo de vino.



4. Detalle de los ajuares metálicos sobre la urna cineraria.

días de duración, que permitiera definir y documentar, en la medida de lo posible, los diferentes elementos presentes. Esto se consiguió tal vez en más de un noventa por ciento de los ajuares metálicos, pero lamentablemente una parte de ellos resulta prácticamente irrecuperable, si bien es cierto que la mayoría podrían corresponder a nuevos agarradores de arcos de caballo.

Dentro de esta muestra metálica cabe diferenciar con claridad tres categorías de objetos: la *panoplia* militar, el cuchillo de carnicero y los arcos de caballo. Pasemos revista a cada uno de ellos.

La *panoplia* habitualmente puede estar representada de muy diversas maneras en el registro padillense; la que nos ocupa podría clasificarse como de completa, con la inclusión de puñal-tahalí y *caetra* de tipo Monte Bernorio y dos puntas metálicas de lanza. Para estas últimas, de empuñadura tubular con remache para sujetar el astil de madera, no es fácil pronunciarse sobre sus características tipológicas específicas ya que han sufrido con intensidad los efectos de la corrosión: una parece más corta que la otra, comportamiento habitual, como su comparencia por parejas en los conjuntos tumbales (así sucede, por ejemplo, en las tumbas 4, 9 y 28 de Las Ruedas). De los contrapesos de este arma de asta, propiamente los regatones, nada ha sido posible reconocer.

El *puñal de tipo Monte Bernorio* ha sufrido igualmente gran deterioro. Aparecía de canto, lo que permitía observar la construcción de la vaina a base de dos chapas —a las que en la zona de la contera venía a sumarse un arete intermedio— y la hoja alojada en su interior. La vaina es de las que presentan una amplia embocadura con lengüeta trapezoidal central —para encajar la escotadura de igual forma de la guarda naviforme— de reducidas dimensiones, e inmediatamente por debajo el sistema de sujeción a base de dos remaches de cabezas destacadas. Bajo estos remaches aún, dando inicio a lo que llamamos fuste, dos aristas transversales o nervios, y al final de este tramo una contera de tipo discoidal. La hoja, liberada ahora de su funda, presenta espigo central sin indicación de lengüeta trapezoidal y carente del estrangulamiento en su tercio inferior que había caracterizado a los modelos más antiguos.

Nos encontraríamos, pues, ante una pieza de la *fase de expansión*, en la que igualmente encaja, sin ninguna dificultad, el tahalí o broche relacionado con la sujeción del puñal a la cintura. Este último no presenta una gran anchura pero sí un amplio desarrollo longitudinal, estando dotado en la zona proximal de una amplia lengüeta en la que se vertebraría el anclaje al cinto de cuero, y en el extremo contrario, o área distal, de un garfio que, mediante cadeneta o similar, serviría para sujetar y articular la vaina del puñal. En la actualidad aparece doblado, probablemente forzado ya en época para facilitar su cabida dentro de la urna cineraria, y muy afectado por la corrosión, lo que no impide observar en el inicio de la zona media, tras los cuatro remaches, el arranque de al menos tres bandas verticales de damasquinado con motivos de eses encadenadas en plata.

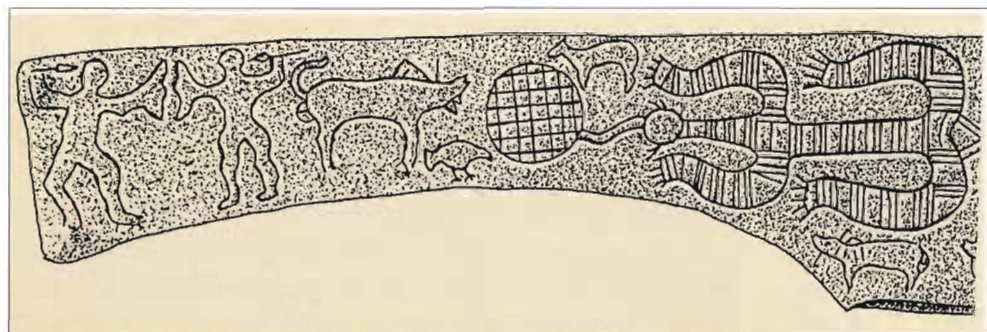
El arma bernoriana, definida en los inicios del siglo XX por J. Cabré a través, primero de los hallazgos de Miraveche (Burgos) o Monte Bernorio (Alar del Rey, Palencia), a los que vinieron a sumarse los de las necrópolis abulenses por él excavadas, constituye un elemento de gran personalidad dentro del área cultural integrada por el Duero Medio, Alto Ebro y Alto Pisuerga, afectando, por tanto, a los territorios históricos de vacceos, autrigones, turmogos y cántabros. Ha sido el cementerio de Las Ruedas, de Padilla de Duero, el que, sin embargo, ha permitido establecer con gran certidumbre su origen y evolución. Así, el momento formativo o de invención allá por los inicios del siglo IV a. C. encuentra representación óptima, como en ningún otro espacio meseteño, en el Duero Medio; un paso más vendrá representado por la denominada fase de desarrollo 1 y 2, donde el arma adquiere un marcado carácter hipertrófico al tiempo que incorpora nuevas estéticas basadas en la renovación de repertorios temáticos y la incorporación de técnicas como el damasquinado, de cuya implantación mayoritaria en territorios cántabro y autrigón, cabría derivar cierta autoría en esta zona septentrional; finalmente, en la fase de expansión, a partir del siglo III a. C., coincidente con el

mayor número de ejemplares y su máxima distribución alcanzando territorios antes vedados como el vetón, el puñal bernoriano vuelve a su módulo más reducido, manteniendo, eso sí, las estéticas dominantes desde su fase de desarrollo.

En cualquier caso es importante señalar que los puñales que fueron objeto de esa rica decoración resultan minoritarios y han de ser puestos en relación, por tanto, con una elite guerrera rectora de la sociedad.

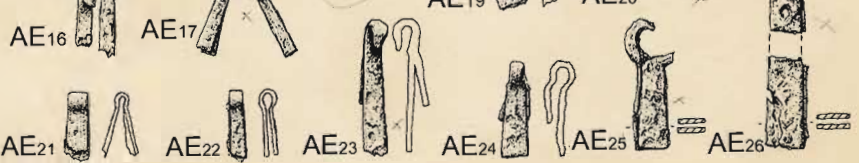
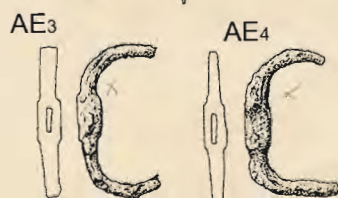
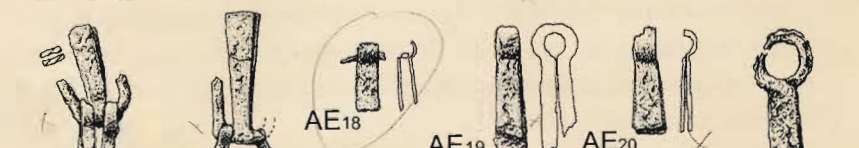
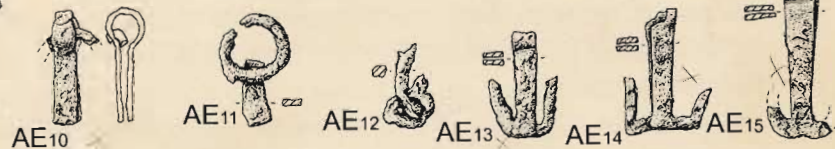
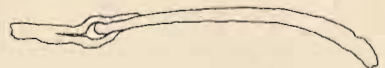
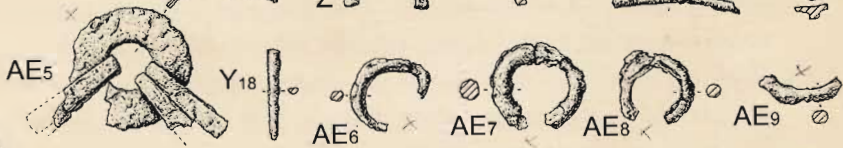
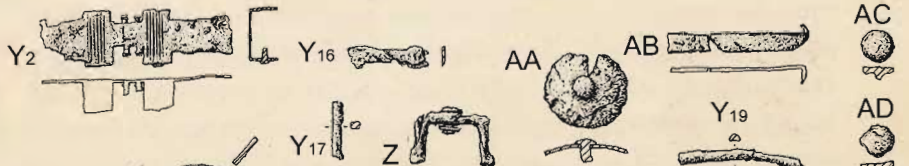
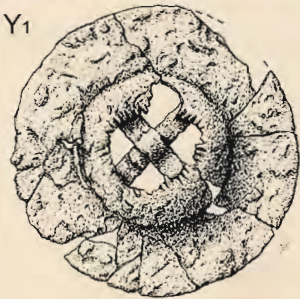
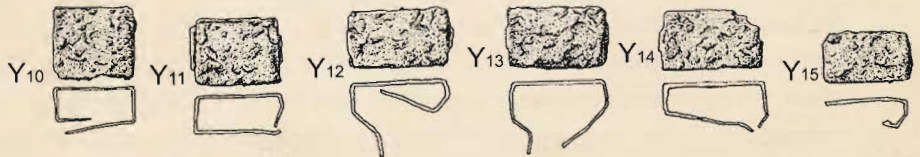
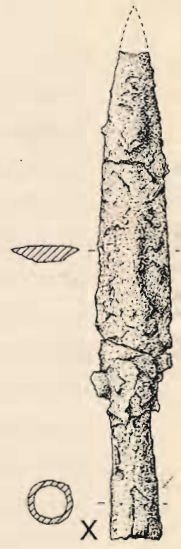
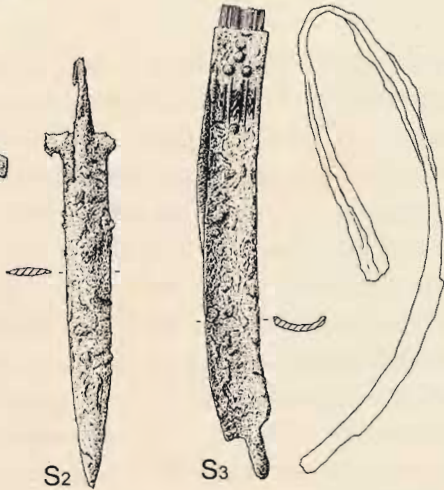
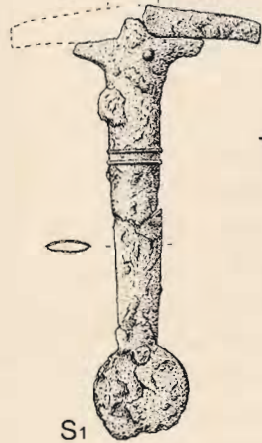
Los conjuntos más completos de puñal Monte Bernorio de esta fase atestiguados en la necrópolis de Las Ruedas son los correspondientes a las tumbas 30, 32 y 35. Si comparamos sus tahalíes podríamos decir que el de la tumba 75 está en un nivel superior al de las tumbas 30 y 35, pero por debajo del de la 32.

De la *caetra* de tipo Monte Bernorio, arma defensiva constituida por un cuerpo circular de madera y/o piel y característicamente cóncavo al exterior, habitualmente queda atestiguada en el enterramiento por sus partes metálicas, como es el caso: umbo metálico de casquete hemisférico y cúpula abierta dentada, a través de la cual se puede observar la cruceta característica, dotado igualmente de una amplia solapa para su fijación; amén de su correspondiente manilla de tipo evolucionado —incluyendo chapados de bronce al interior de los calados de su zona central, y extremos rectilíneos sin prolongación alguna—; escasos tensores radiales y sus abrazaderas externas triangulares (cinco en vez de las cuatro habi-



6. Detalle del pomo de la tumba 32 de Las Ruedas. Obsérvense en la escena de la monomaquia las *caetrae* característicamente cóncavas al exterior, en las que aparece representado igualmente el umbo metálico.

7. Ajuar metálico de la tumba: Puñal Monte Bernorio (S), mango óseo (T), cuchillo (U), puntas de lanza (V, X), *caetra* (Y) y arreos de caballo (AE).



tuales); y, finalmente, cinco grapas de cabeza rectangular y brazos doblados en ángulo recto, probablemente para suspender mediante correas la *caetra*.

La asociación característica de *caetra* y puñal Monte Bernorio que atestigüamos en esta nueva tumba pintiana, se reproduce igualmente en ámbitos ajenos al de su producción como pudo ser el cementerio abulense de Las Cogotas, lo que da idea de un equipo característico y casi indisociable.

El *cuchillo de carnicería* posee dorso afalcatado, una hoja de 12,5 cm de longitud y zona de empuñadura con mínimos restos de unas cachas de madera sujetas por dos remaches. La mejor conservación de este elemento tal vez se deba a su situación alejada del resto de los metales, parcialmente bajo la vertical de la gran copa. Este hecho, unido a su vinculación a las ofrendas faunísticas explica su interpretación más que como elemento de panoplia, como cuchillo de carnicería. Un cilindro óseo decorado aparecía muy próximo a él, y por ello se interpretó inicialmente como correspondiente al mango; la posterior restauración del mismo delatando cachas de madera como queda dicho, hace necesaria la redefinición de este elemento en relación con otro útil no reconocido, tal vez un punzón o similar.

Por último, dentro del conjunto metálico, nos referiremos al tercer grupo de piezas integrado por los *arros de caballo*. Como decíamos líneas atrás hasta ahora no habíamos conseguido documentar la presencia de arros de caballo de manera tan completa: *camas curvas*, de tendencia semicircular, con zona central calada; *frontalera*, de forma rectangular alargada con los laterales mayores ligeramente cóncavos, con agarradores o anclajes en los lados menores, presento algún tipo de decoración en lámina broncea sobrepuesta al hierro; *serretón* rectangular, con tres grupos de líneas incisas en horizontal, presentando también en laterales menores apéndices en los que se suspenden agarradores; amén de estas piezas una anilla laminar con tres agarradores, entre cinco y seis anillas más de sección circular, algunas de ellas todavía vinculadas a agarradores; de éstos en total se contabilizan un número próximo a las tres decenas entre los simples (21), los ancoriformes (5), de gancho simple (1) o de cabeza remachada a un orificio practicado en la anilla (1) para evitar la acumulación de torsiones en las correas. Estos últimos elementos ofrecen la idea de un atalaje complejo, con profusión de adornos y partes más decorativas que estrictamente funcionales.

Buena parte de las piezas de arros expuestas encuentran paralelos dentro del propio cementerio de Las Ruedas, pero de carácter disperso, fragmentario y en su práctica totalidad proceden de posición secundaria, habiendo perdido su contexto preciso, por lo que parece adecuado buscar en otros ambientes culturales próximos información.


Dado que una serie de objetos como agarradores, pinjantes, frontaleras y serretones constituyen elementos de denominador común, y que es en las camas donde se observan mayores variaciones, bueno será que nos centremos, en esta primera aproximación, al tipo de *camas curvas de bocado*. Se corresponde con el modelo I.2.2. de Kurtz, el cual no se prodiga en exceso, estando presente en las tumbas 383 y 393 de la necrópolis de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila), Raso de Candeleda (Ávila), en las tumbas 15 y 16 de Altillo de Cerropozo (Atienza, Guadalajara), en Zalamea de la Serena, en Carratiermes (tipo 4.1 de Argente), en Segóbriga y ahora también en Padilla de Duero, aunque aquí bien es cierto que ya conocíamos una de estas camas, de bronce e incompleta, procedente de materiales en posición secundaria. Pese a la reconstrucción propuesta por J. Cabré, en la que un freno metálico iría introducido en los huecos de sus zonas centrales, llama poderosamente la atención que en la media docena de hallazgos ya existentes no hayan aparecido nunca restos del mismo, dicho de otra forma, que ambas camas jamás aparezcan articuladas. Ello nos mueve a pensar, unido al carácter angosto de los referidos orificios centrales —2 por 10 mm en el caso de los ejemplares de la tumba 75 pintiana—, que la articulación de este modelo de camas se realizara con un freno estrictamente de materia orgánica —tal vez cuero—, posibilidad ya planteada por el propio Kurtz.

¿UN ENTERRAMIENTO CUÁNTO DE IMPORTANTE?

Hasta aquí hemos ido presentando los materiales que comparecían en este conjunto excepcional, incorporando ciertos comentarios relativos a aspectos tipocronológicos o de relaciones espaciales que a través de ellos se atestiguan. Hora es ya que planteemos cuál es el grado de excepcionalidad de este conjunto dentro de lo que hoy constituye el registro funerario de *Pintia*. Hablamos pues, de trascender dichos aspectos y aún los propiamente escatológicos, para incidir sobre la reconstrucción social de los rangos a través de la diferente capacidad de gasto funerario.

Cuando hace unos años uno de nosotros ensayó este sistema de reconstrucción de las estructuras sociales, señalábamos asimismo la clara necesidad de ampliar una muestra de enterramientos todavía demasiado limitada en su número, de suerte que no resultaba difícil establecer las categorías más extremas, pero sí encontrar matices intermedios. Por ello, dentro aquel rango 3º, constituido por individuos guerreros sin símbolos de autoridad, una serie de tumbas como la 50 ó 56 venían a situarse en valores extremos de dicha categoría. La tumba 75 creemos, por las razones que siguen, podría hacerse acreedora de una consideración similar.





8. Recreación del *equites* de la tumba 75
(se han incorporado asimismo el torques y el
zarcillo de pelo aparecidos en la tumba 77).

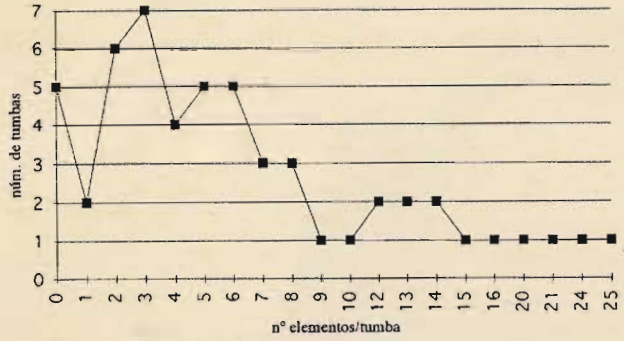
En efecto, el recuento simple del conjunto proporciona un total de 25 piezas –18 recipientes cerámicos, más 6 metales (considerando la parte por el todo, es decir: 1 puñal, 1 *caetra*, 2 puntas de lanza, 1 arreo de caballo y 1 cuchillo de carnicería), amén del mango de hueso decorado–, con lo que el conjunto funerario se pondría a la cabeza, incluso por encima de conjuntos incluidos en el rango 1º.

No parece con todo que pueda ser considerada la tumba 75 como la más importante hasta ahora recuperada, por ello es aconsejable valorar otros aspectos, en particular la presencia de elementos metálicos, habida cuenta el coste de la materia prima en un territorio como el del Duero Medio –en plena cuenca sedimentaria y por tanto carente de estos recursos que habrían de ser importados necesariamente–. Así los seis elementos reconocidos situarían a este conjunto entre los cuatro más ricos de la necrópolis de Las Ruedas, máxime si añadimos la dificultad técnica de los elaborados, con inclusión de damasquinados en el arma bernoriana o la treintena larga de piezas relacionadas con los arreos del caballo. A este recuento, de carácter ponderado, aún deberíamos añadir las numerosas ofrendas evidentes (dos ovicápridos, un lepórido y una gallinácea) y las menos evidentes contenidas en los recipientes, en particular la posible presencia de vino en las copas tal y como sucede en otros conjuntos vinculables a la condición guerrera. Y finalmente, aún, la consideración de la constitución de la panoplia que, según se representa en el gráfico adjunto, viene a incluir una nueva categoría pasando a ser el conjunto más completo, después del de la tumba 28 que contaría a mayores una espada de tipo Miraveche.

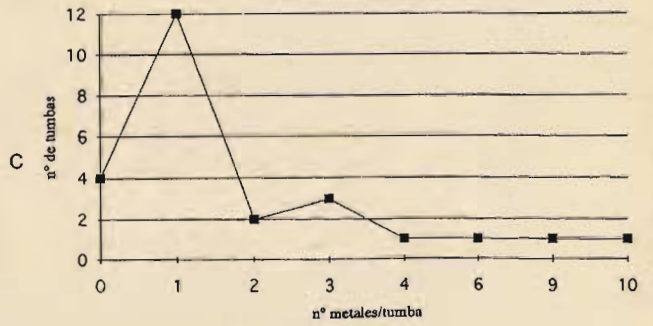
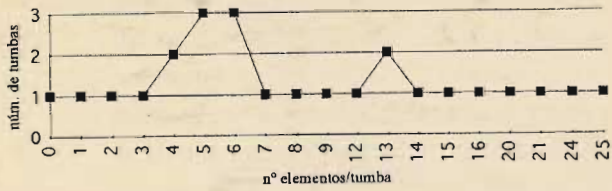
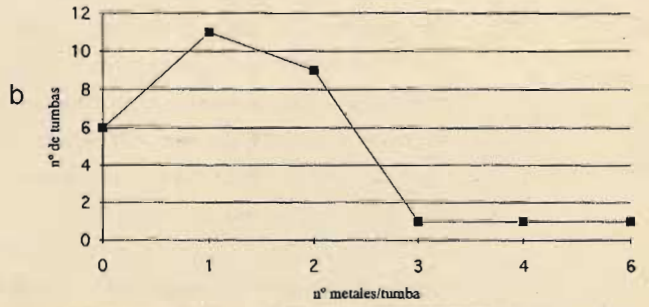
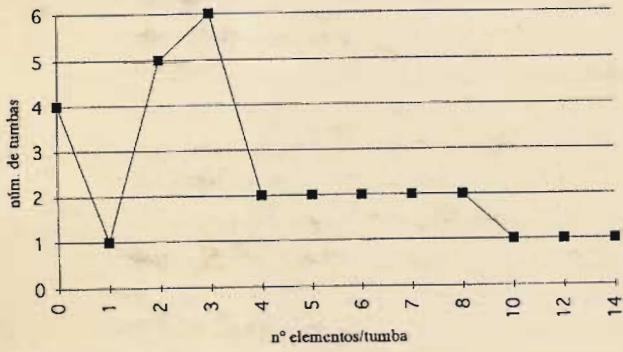
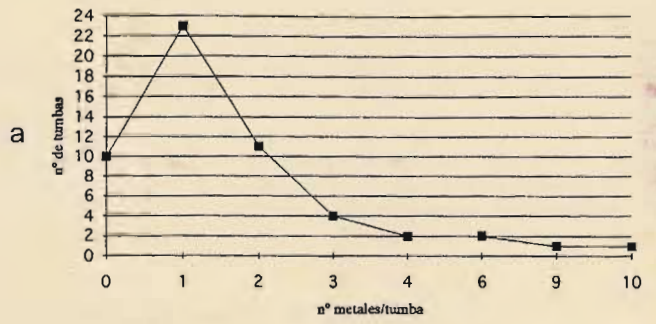
Un conjunto, en suma, de gran excepcionalidad, que cabría asimilar sin grandes dificultades a la clase de los «caballeros» o *equites*, una elite de carácter ecuestre acreedora de un tratamiento funerario destacado conforme a su condición social preeminente.

La tumba 75 de Las Ruedas, constituye, por tanto, cierto refrendo arqueológico, hasta ahora remiso, a unas fuentes escritas que, aunque tampoco muy prolifas al respecto, dejaban constancia con rotundidad de la importancia de la caballería vaccea en diferentes episodios vinculados al asedio de ciudades como *Cauca*, *Intercatia* –2.000 jinetes y 20.000 infantes en el episodio del 151 a. C.– o *Pallantia*.

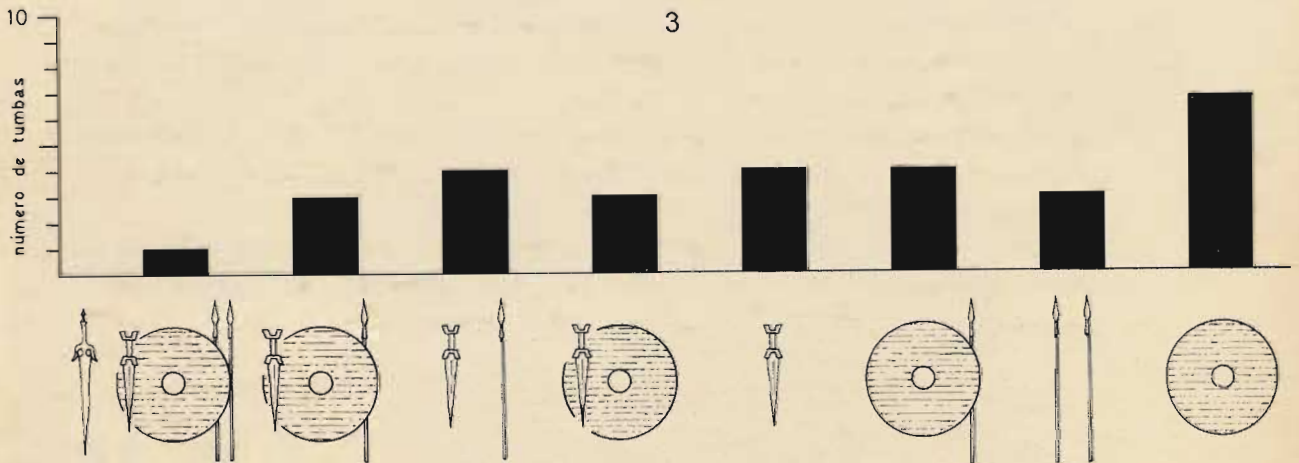
1



2



3





9. 1 y 2 Gráficos con número de elementos por tumba y número de metales por tumba, respectivamente, de la necrópolis de Las Ruedas: en su conjunto (a), para las fases I y II (b) y para las fases III y IV (c). 3. Tipos de constitución de panoplia militar atestiguada en la necrópolis de Las Ruedas (sin incluir los doce nuevos conjuntos recuperados a partir de 2002).

Pero a través de las fuentes también puede establecerse la imagen que el conquistador romano alcanzó de los vacceos. Aunque en este terreno la información es aún más parca si cabe, y no poseemos una descripción de *nobiles* o *princeps*, sí se hace patente una clara jerarquización que encuentra su expresión en la distinción entre *equites* e infantes. Otra distinción más, en este caso de edad, nos marcaría la diferencia entre aquellos más ancianos –trasladándonos al registro arqueológico recuérdese la condición sexagenaria del individuo de la tumba 28 de Las Ruedas, con inclusión entre sus ajuares de auténticos símbolos de autoridad; pero también la alusión de Apiano a los «más ancianos» de *Cauca*– y propensos a negociar con los romanos y los jóvenes o *iuvenes*, más impetuosos y decididos a entrar en batalla, aunque no siempre si recordamos lo transmitido por Salustio (*Hist.*, II, 92) para una ciudad denominada MEO... en las fuentes, para la que, tímidamente, F. Wattenberg señaló su posible identificación con la *Meorica* vaccea. Así, en el año 75 a. C. ante la llegada de Cneo Pompeyo, los ancianos, contrariamente al sentir general, recomendaron prudencia sabedores de la proximidad del ejército romano, convenciendo a la juventud para que depusiera igualmente su ánimo beligerante; pero las mujeres hicieron oír su voz, poniendo a los hombres en la disyuntiva de asumir sus papeles o por el contrario parir ellos a los hijos y ocuparse de las tareas femeninas, a resultas de lo cual se viró radicalmente la decisión adoptada.

Como ha señalado P. Ciprés, la visión negativa que las fuentes transmiten en relación con la belicosidad indígena no deriva solamente de su oposición a la conquista romana, sino igualmente del modo en que ejercían la función militar, bien diferente del modelo desarrollado en el mundo greco-romano. El concepto caótico, donde se prima el combate individual, frente a la disciplina de los ejércitos romanos, es algo que no pasó desapercibido para los cronistas, pero que al tiempo ilustra sobre los valores consustanciales de una sociedad indígena presidida por unos conceptos morales y éticos fuertemente asentados en la valía personal y en la gesta individual.

Dos testimonios resultan básicos para entender el carácter agonístico de la vida conducente a una muerte heroica entre estas gentes vacceas. De un lado, el ya referido texto de Claudio Eliano sobre el ritual diferencial de exposición a los



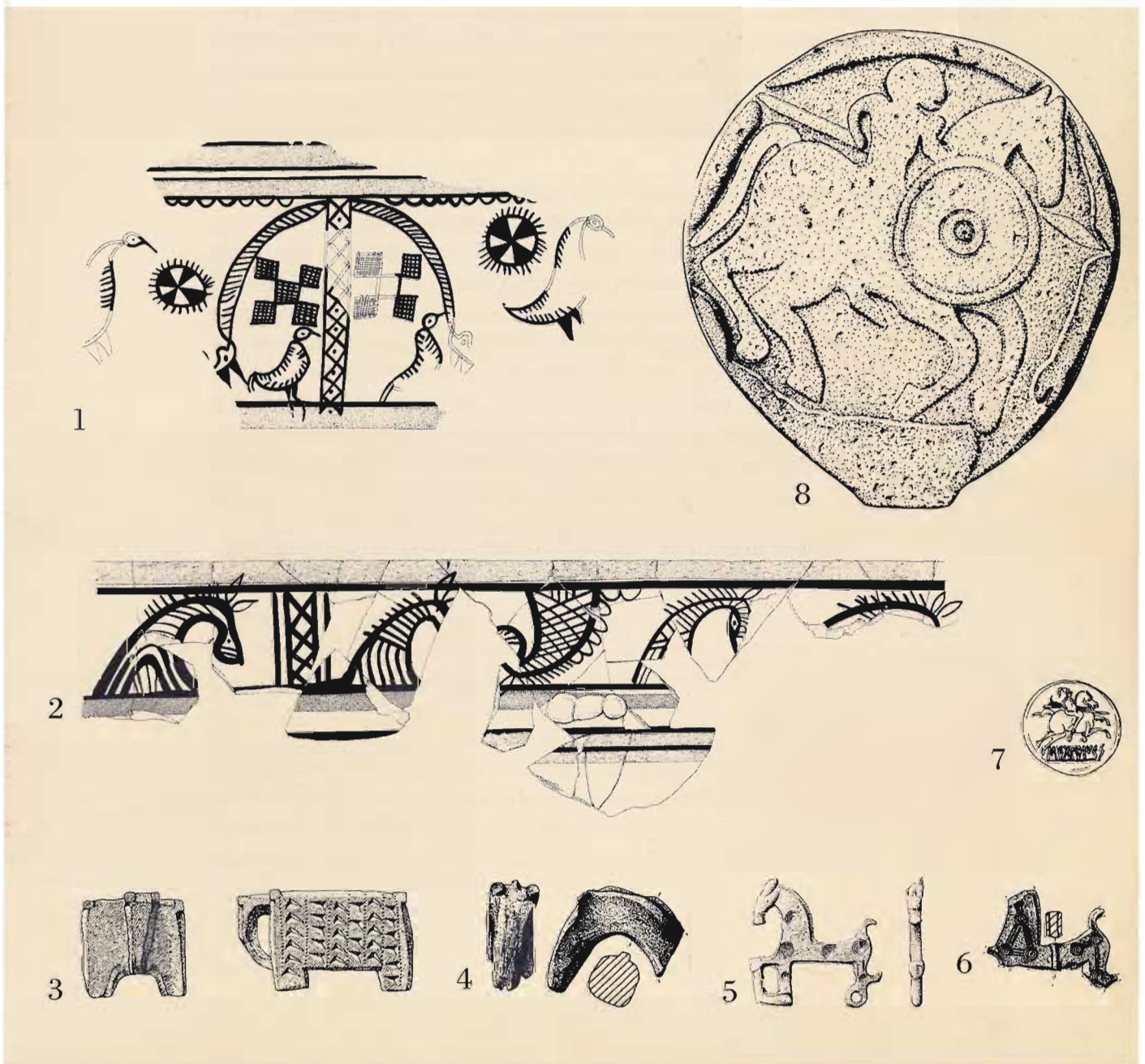
10. Recreación del episodio de monomaquia descrito para *Intercatia* en el 151 a. C.

buitres otorgado únicamente al guerrero muerto en combate. De otro el texto de Apiano mostrando la existencia de monomaquias, en este caso referido al célebre episodio del 151 a. C. en el sitio de *Intercatia*: «Con frecuencia, un cierto bárbaro salía cabalgando a la zona que mediaba entre ambos contendientes, adornado con espléndida armadura, y retaba a un combate singular a aquel de los romanos que aceptara y, como nadie le hacía caso, burlándose de ellos y ejecutando una danza triunfal se retiraba. Después que hubo ocurrido ésta en varias ocasiones, Escipión, que todavía era un hombre joven, se condeoló en extremo y adelantándose aceptó el duelo y, gracias a su buena estre-

11. Diversas representaciones de caballos y *equites*: cerámica policroma (1 y 2), cajita pseudoexcisa (3), mango de *simpulum* (4), fíbula de caballito con cabeza cortada (5), fíbula de caballito con jinete (6), reverso de denario ibérico (7) y estela discoide (8). Pintia (1-7) y Clunia (8).

lla, obtuvo el triunfo sobre un adversario de gran talla, pese a ser él de pequeña estatura» (Apiano, Iberia, 53). Como señala Plinio (NH., XXX-VII, 9) el hijo del retador se hizo grabar un anillo con la escena de la monomaquia de su padre, considerando un gran honor haber tenido un oponente tan cualificado y consecuentemente una muerte gloriosa.

En suma, el arraigo de la función militar entre el *populus* vacceo tuvo un claro reflejo en las creencias religiosas y en el poder social que alcanzaron los jefes militares, trasladándose al ámbito funerario ambas esferas de influencia. La importancia



del caballo, dentro de un claro dominio de la gesta individual frente a la colectiva, hace acreedor a este animal más que de valores tácticos, que también, de otros estéticos y simbólicos en relación con una clase de *equites*, ofreciéndose múltiples y variadas lecturas de esta realidad en diferentes tipos de objetos de la cultura material de los pueblos prerromanos meseteños, en general, y de los vacceos, en particular.

Sabido es el carácter generalmente anicónico de las representaciones vacceas, presididas por diferentes motivos geométricos y sus composiciones, por lo que la imagen figurativa realista y explícita debió de jugar un papel verdaderamente relevante al servicio de dichos valores éticos. Sin salir del propio yacimiento de *Pintia* ténganse en cuenta al respecto elementos como: fíbulas de caballito con y sin jinete incluyendo cabezas cortadas, cajas zoomorfas de clara inspiración equina, *simpula* de barro con mangos rematados en cabeza de caballo, vasos pintados con prótomos de caballo, el jinete lancero sobre el reverso de los denarios ibéricos, o las grandes estelas discoides, cuyas imágenes en otros yacimientos como Clunia donde se han conservado íntegramente los discos nos remiten a la misma iconografía del *equites* heroizado.

Una sociedad que, en suma, prima en la representación de su bestiario aquellas especies más estrechamente vinculadas a su concepción agonística de la vida y a los gestos y usos a ella asociados frente a especies estrictamente subsistenciales, de manera que bóvidos y ovicápridos pese a sustentar esa base económica, como atestiguan los estudios de fauna de los hábitats, no trascienden esa esfera cotidiana. Función que sí cumplirían los verracos —así atestiguado en un modelo de fíbulas que, con diferentes variantes, ofrece la representación de este animal o la piara de veinte cerdos grabada sobre el canto y reverso del pomo y tahalí bernoriano de la tumba 32 de Las Ruedas— por su vinculación a los banquetes de guerreros, o muy especialmente, y por lo que viene al caso de la tumba 75, los caballos.

CARLOS SANZ MÍNGUEZ, MARÍA ASCENSIÓN GALLARDO MIGUEL,
JAVIER VELASCO VÁZQUEZ e INÉS CENTENO CEA